

Monumento a Benito Juárez

Víctor Orozco

Maestro Emérito de la UACJ

Miembro de la Academia Mexicana de la Historia

ORCID: 0000-0002-6178-0173

POPULARMENTE CONOCIDO COMO “EL MONU”, la estatua dedicada a Benito Juárez es desde hace más de un siglo el estandarte arquitectónico de Ciudad Juárez. Inaugurado el 16 de septiembre de 1910, se le ubicó en el corazón del antiguo pueblo de Paso del Norte, a escasa distancia del edificio de la Aduana Fronteriza y de la Misión de Guadalupe —otras fincas emblemáticas— y contiguo a la estación del ferrocarril, que fue durante mucho tiempo una instalación vital para la ciudad. Si quitamos el Hemiciclo a Juárez que descansa en la Alameda Central de la Ciudad de México y es de su misma edad, el monumento de Ciudad Juárez es quizá el de mayores dimensiones y está entre los más bellos de los cientos edificados en toda la República en honor del presidente zapoteca.

Como ha sucedido en todo el mundo con edificaciones extraordinarias construidas en medio de poblaciones reducidas, el gigante esculpido en bronce, colocado en la cúspide de una hermosa columna con bellas estatuas que escoltan a la figura principal, parecería desmesurado. Muchos sentían que era, para la pequeña población, “mucho monumento”, con sus 31 metros de altura y su base perimetral de 62. Pocos auguraban en la primera década del siglo pasado que el pueblo grande, de unos diez mil habitantes, llamado ciudad desde 1888, cuando mutó su nombre de Villa de Paso del Norte por el actual, al cabo de medio siglo se convertiría en una gran urbe industrial y comercial, la sexta en tamaño de la república.

Pero el impacto ante los ojos del observador le viene tanto de su tamaño, como del esplendor artístico de sus figuras, comenzando con la bronceína de Benito Juárez, elevando el brazo derecho y asiendo con firmeza en el izquierdo las leyes de la reforma liberal y la bandera republicana. El alza de la vista, hacia la lejanía, alude con acierto a su conducta, propia de un estadista, quien ajusta sus actos reflexionando en la trascendencia futura y no solo en el presente fugaz.





Fotografía de: Víctor Orozco.



El águila republicana, de grandes dimensiones y también en bronce, que guarda la columna, es un elemento del conjunto bien concebido por cuanto presidió las luchas en las cuales se empeñó el presidente Juárez de principio a fin.

No menor admiración al trabajo del artista, despiertan las cuatro esculturas de las esquinas. Si bien esta obra se levantó al final del período porfirista, durante el cual se ensalzó el positivismo —filosofía fría y de poca sensibilidad e imaginación—, los motivos de las estatuas vienen de los ideales y símbolos del romanticismo, dominante en la centuria XIX. Los valores supremos, exaltados en poesías, proclamas, discursos, leyes, son la Libertad, la República, la Independencia, palabras escritas con iniciales mayúsculas. De allí que a ellas se refieran a distintos elementos artísticos del monumento. En un poema escrito en uno de los momentos más críticos y aciagos para el país, cuando el gabinete republicano migraba hacia el norte, escrito en la laguna de Jaco en noviembre de 1864, se condensan a la vez estas mentalidades y el férreo carácter del presidente Juárez:

Y por su pueblo perderá la vida
O le dará, saliendo del Desierto
De Libertad la Tierra Prometida.¹

Una primera escultura representa al patriotismo, valor colectivo que en

México nunca ha florecido tanto como en ese tiempo. Están allí dos soldados resguardando la bandera nacional. El primero, un oficial militar maduro, tiene el brazo derecho alzado, en el que quizá esgrime un sable y con el izquierdo protege a la bandera en la cual se observa el águila republicana. El segundo hombre, es un soldado joven empuñando un fusil, tiene cara de niño, lleva la cabeza vendada y una pierna del pantalón remangada. Va vestido con pobreza, a la manera de los guerrilleros chinacos. Se representan muy bien a estos peleadores incansables por la libertad y la independencia, que en sus recorridos por el territorio se hicieron de una patria y acabaron por construir una nación.

En las otras tres esculturas está presente la cultura grecolatina, inspiradora de los artistas y escritores de la época juarista. No hay ninguno que haya escapado a la evocación de los dioses y diosas paganos, hermanados con alegorías y símbolos milenarios. Los panteones helénico y latino eran, como se sabe, ricos en divinidades, expresiones de la multiplicidad de las actividades, pasiones y sentimientos humanos; de allí que sirvieran como venero inagotable de inspiración.

En una de las figuras se representa a Themis, la venerada deidad de la justicia, con su balanza, en la cual se equilibran intereses y valores para aplicar la ley con imparcialidad. A otra estatua se le asocia con Ceres, diosa



¹ Luis García de Arellano, *Poesías cívicas y corona patriótica a los héroes de la Independencia*. México, Imprenta de la Viuda e Hijos de Murguía, 1868, p. 39. *Cursivas en el original.*



Fotografía de: Víctor Orozco.

de la fecundidad y protectora de la agricultura. La tercera tiene motivos semejantes a los vinculados con Atenea, la diosa de la sabiduría, como el libro y el globo terráqueo a sus pies. Debemos lamentar que dos de las estatuas tengan un brazo mutilado.

Las cuatro placas con grabados en bronce recrean hechos relevantes de la historia mexicana y episodios en la azarosa vida del estadista. No obstante, sus pequeñas dimensiones en relación con la magnificencia del conjunto arquitectónico contienen la parte más rica de este, por cuanto hace a su significado y enmarcación en el contexto histórico. Una primera, alude al terrible incidente ocurrido en el Pa-

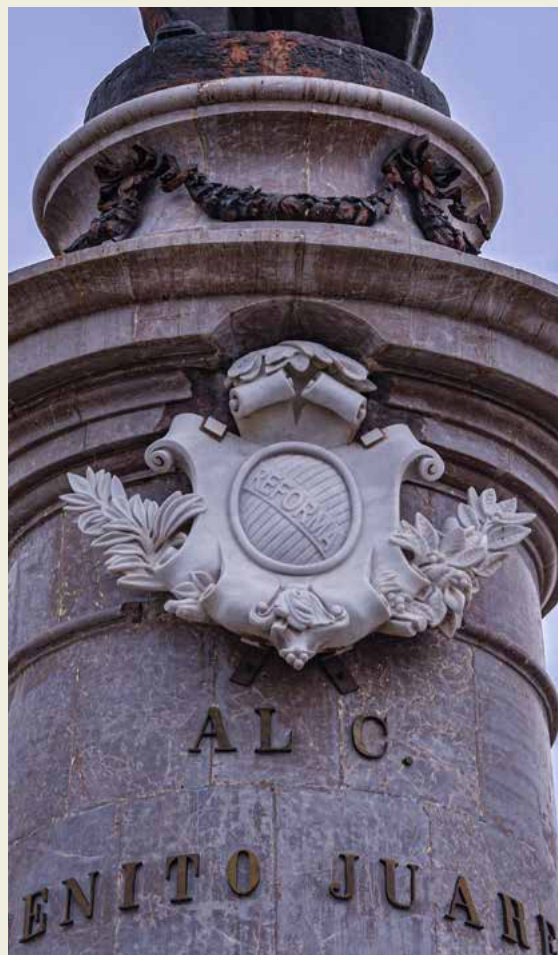
lacio de Gobierno de Jalisco, en Guadalajara el 13 de marzo de 1856, durante la primera etapa de la Guerra de Reforma. Allí, Juárez y sus ministros estuvieron en un tris de ser fusilados por un destacamento de tropas que habían defecionado. La famosa arenga de Guillermo Prieto, que concluyó con su sentencia: “Levanten esas armas, los valientes no asesinan”, les salvó la vida y con ella salvó quizá la causa liberal. En el lado izquierdo de la placa, se mira al grupo de soldados con sus fusiles. Son exhibidos en tropel, no como una ordenada unidad militar, pues protagonizaban un motín, incluyendo entre ellos a presidiarios recién liberados y uniformados. En consonancia con este

hecho, la habitación muestra las señas del desorden con muebles derribados.

Es quizá en los rostros de los protagonistas del incidente en donde se revelan mejor la destreza y talento del grabador. Uno es el de un oficial que discute con otro, vuelto de espaldas, y portando un sable, apuntando con el dedo índice hacia los prisioneros. Por el ceño fruncido y los labios curvados se colige el trance por el que pasa, entre la duda y la orden o instigación recibida.

En el otro extremo del cuadro, se encuentran el presidente y los ministros republicanos. En un primer plano Guillermo Prieto, con su característica barba y anteojos, haciendo un ademán de alto con la mano derecha y de persuasión con la izquierda medio enconchada. Es el porte de un orador o declamador. Le sigue Benito Juárez, con la mano derecha en el pecho y la izquierda tocando el respaldo de una silla. Aparece erguido, luciendo una cara sin emociones, si acaso una de reto o probable disfrute del efusivo discurso de Prieto, por la leve contracción de la piel en la comisura de los labios. El suceso, narrado entre otros por el mismo Prieto, le ganó a Juárez su fama de impasible. También identificable es el rostro del ministro de guerra y relaciones exteriores, Melchor Ocampo, atrás de la figura del presidente, con facciones menos definidas, posiblemente de serenidad frente a la muerte inminente.

La segunda lámina recoge una posible escena del tránsito del gobierno republicano por el territorio, en el modesto carruaje escoltado por una



Fotografía de: Víctor Orozco.

corta tropa de fieles. En el extremo izquierdo se mira a un grupo de dragones, que pueden ser soldados galos portando una bandera que se adivina es la francesa, muestran sus facciones desfiguradas y están colocados de frente y en un costado de la carroza en la cual viaja el presidente Juárez. Va a toda velocidad, y los caballos casi parecen desbocados, con los belfos abiertos y los ojos saltados. Se ve al cochero tomando firmemente las riendas y con el rostro reflejando determinación. Por la velocidad del carruaje, las ruedas levantan olas, si pensáramos en un suelo pantanoso, o más bien gruesas

capas de arena, si consideramos a las cercanías de la villa de Paso del Norte. Tras la diligencia se advierten los jinetes de la escolta, con sus corceles también a toda carrera.

Junto a Juárez, viaja un personaje sin identidad y, de nuevo, el rostro del primero sirve al artista para mostrar algo de su temperamento o temple. Se le mira concentrado en sus pensamientos, vestido con su característico traje negro. Su último destino fue la Villa de Paso del Norte, que fungió como capital de la República por dos períodos entre 1865 y 1866. Desde el modesto pueblo fronterizo, Benito Juárez pudo encabezar la lucha contra el poderoso invasor francés, hasta que la incesante resistencia se combinó con las nuevas circunstancias en el tablero mundial y las tropas imperialistas hubieron de retirarse.

La tercera placa señala un momento de la tragedia que significó la Guerra de Intervención. Miles de muertes, pueblos incendiados, familias dispersas fueron parte de los infaustos hechos soportados por los mexicanos. Pero en el grabado se alude a otro momento trágico: el de los familiares y allegados a Maximiliano de Habsburgo, así como a los militares conservadores que le sirvieron de apoyo, suplicando por su vida. En el extremo izquierdo, de pie ante una mesa cubierta con un grueso paño, se encuentra el presidente Juárez con la cabeza inclinada hacia atrás y con la mano izquierda en ademán de rechazo. En el rostro de ojos rasgados se dibuja un gesto de disgusto ante un deber asumido sin agrado.

Hincada frente a la mesa, desplegando la abundante tela de su elegante vestido en el piso, una mujer eleva el ruego del perdón. Es la princesa de Salm Salm, esposa de un príncipe alemán ayudante del emperador impuesto.

El artista captó a la perfección el rictus de angustia en el rostro de la implorante, con los labios entreabiertos y profundas ojeras, huellas del llanto. Atrás de ella, una cohorte de mujeres acompañadas por infantes, cubiertas con velos y rebozos, muestran su aflicción, unas tapando su rostro con las manos o los pañuelos. Comparten la escena varios hombres de traje, tal vez los abogados de los reos. Uno de ellos se asemeja a Mariano Riva Palacio, notable liberal y jurista quien encabezó la defensa.

La escena tuvo lugar en San Luis Potosí, días antes del fusilamiento de Maximiliano y de los generales Miguel Miramón y Tomas Mejía, ocurrido el 19 de junio de 1867. En los tres casos, la decisión de Juárez es concluyente: debe ejecutarse la ley que castiga a los traidores a la patria y a quienes hayan tomado las armas contra ella. La pena debe ser pareja, no puede aplicarse solo a los mexicanos y liberar a los extranjeros, como le pedían o le exigían los diplomáticos, entre otros el prepotente embajador de Estados Unidos. Para las orgullosas y racistas monarquías europeas, constituía un supremo agravio ver a uno de sus hijos predilectos —perteneciente a la centenaria casa de los Austrias— en el cadalso por decisión del presidente indio.



A *contario sensu*, los republicanos franceses, opositores al imperio de Napoleón III, estaban a favor de Juárez. Félix Pyat, uno de los más combativos, le escribía al mexicano:

La historia tiene para siempre tres fechas y tres nombres, iguales en justicia y en gloria; tres fechas: 1649, 1793 y 1867 ¡Tres nombres: Cromwell, Robespierre, Juárez! ¡En el mundo moderno, tú eres uno de los tres grandes vengadores del género humano Y aunque eres el último que ha aparecido, no eres el menor entre ellos!

La Europa cuenta dos hombres; ¡tú los igualas La América! ¡Tú los sobrepajas! Bolívar no tenía en su contra más que a España; Washington sólo a la Inglaterra: pero tenía consigo a la Francia. Tú tenías al mundo en contra tuya, a todo el antiguo mundo de América y de Europa, porque también hay algo viejo en el nuevo mundo; tenías en tu contra a todos los reyes y a sus lacayos, y hasta los buenos republicanos que participaban del duelo de los reyes.

Pero tenías contigo la fe y la fuerza del derecho, y has sido más grande aún que Lincoln el mártir; porque si es hermoso morir por los esclavos, es más hermoso matar a los tiranos.²

En la cuarta placa —la de mayor contenido— se plasma un complejo conjunto de alegorías dedicadas a la Guerra de Reforma, a sus resultados y aspiraciones. En el extremo izquierdo, un sol resplandeciente de gran



tamaño simboliza tal vez el futuro de libertades que ilumina la causa del liberalismo. Una figura femenina con el torso desnudo está tocando un clarín como llamando al combate. Su perfil griego, de nariz recta y la especie de casco o yelmo que cubre parte de la cabeza, con un cañón a su lado, hacen pensar que se trata de Palas Atenea, diosa de la guerra y la sabiduría. Enseguida se encuentra la figura de Benito Juárez, sentado en un basamento que representa el poder del clero católico por la mitra grabada en su costado; y a sus pies, un militar postrado, con un fusil en el suelo sobre el cual se posa uno de los pies del presidente, indicando al ejército.



² Véase la introducción de Víctor Orozco al libro de Félix Pyat, *Carta a Juárez y a sus Amigos*, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2016.



Fotografía de: Víctor Orozco.

Estos símbolos expresan la derrota de los dos cuerpos heredados de la colonia, sometidos al poder civil, una pieza central del ideario juarista.

Hincada y con la cara oculta tras una larga cabellera, una mujer pone su cabeza junto al regazo de Juárez, quien la toca con su mano izquierda mostrando en el rostro un gesto paternal. En su mano derecha porta un grillete que acabaría de quitar a la mujer. El lado derecho está ocupado por dos grandes figuras humanas: un personaje abstracto alzando con su mano izquierda una antorcha y vuelto hacia un campesino que tiene sus muñecas encadenadas puestas al frente, demandando su liberación, según se colige por su mueca de ira y desesperación. Lleva una hoz en la cintura y atrás se miran dos ca-

bezas de bueyes uncidos. Estas figuras simbolizan, con evidencia, la liberación del pueblo. Todo el fondo del grabado está ocupado por las alas de un águila republicana gigantesca sobre la cual se encuentran las figuras humanas. De su pico cuelga un estandarte en el cual se lee: Leyes de Reforma.

La primera piedra para la construcción del monumento a Benito Juárez fue colocada por el presidente Porfirio Díaz en la visita que hizo a la ciudad fronteriza, en octubre de 1909, para entrevistarse con su homólogo norteamericano, William H. Taft. El encargado del proyecto fue el arquitecto Julio Corredor Latorre, quien por esas mismas fechas diseñó la Quinta Gameros en la ciudad de Chihuahua, siguiendo un modelo europeo muy de moda en los inicios del siglo. Era un profesional de gran prestigio, a quien se deben muchas otras obras arquitectónicas en el país. Intervinieron los arquitectos italianos Augusto Volpi y Francisco Rigalt, pero no se conoce el nombre del escultor de las estatuas en las esquinas del cuadrilátero. Todas ellas fueron realizadas en Florencia, Italia. Para las primeras se utilizó mármol blanco de Carrara, y para el recubrimiento de la columna, el mismo material procedente del estado de Morelos. Tampoco se sabe el nombre del grabador de las placas de bronce, pues en ninguna de ellas aparece firma o identificación alguna. El maestro de obras chihuahuense, Abel Guadarrama, se encargó de construir la estructura.





Fotografía de: Víctor Orozco.

Después de la caída de la ciudad en manos de las tropas revolucionarias el 10 de mayo de 1911, las escalinatas que semejan a las de una pirámide prehispánica sirvieron para la realización de mítines y reuniones de corte político, avivados por los aires democráticos que soplaron con tanto brío a la caída de la dictadura. En el curso de más de un siglo, ha crecido la plaza circundante del monumento abarcando varias manzanas y su explanada puede alojar ahora a grandes multitudes.

Desde hace algunos años, es tradicional el mercado de antigüedades que se instala allí cada domingo.

Para los juarenses, es motivo de orgullo la existencia en la ciudad de esta bella pieza escultórica y arquitectónica. Sin embargo, ha quedado como una joya en medio del muladar en el cual, desafortunadamente, se ha transformado buena porción del centro histórico de la ciudad, con sus incontables edificios y viviendas abandonados y en ruinas.



Fotografía de: Víctor Orozco.